



## MI MAESTRO

Como para su admirado Terencio, para Adolfo Ruiz Díaz nada de lo humano le fue ajeno. Tuve oportunidad de conocerlo a fines de la década del 60, cuando la facultad de Filosofía y Letras aún funcionaba en el desaparecido edificio de calle Las Heras. Allí cursé con él dos asignaturas, “Estética” e “Introducción a la Literatura”. Esta última cátedra constituía todo un desafío para quienes acabábamos de ingresar al primer año de la carrera de Letras: las lecturas obligatorias que se nos exigían para el examen final sumaban –cifra impensable para los cánones actuales– medio centenar de libros, cuyos autores desplegaban un amplio arco que abarcaba desde Homero hasta García Lorca. Y nos quejábamos, claro que nos quejábamos. Pero con el tiempo comprendimos que aquel esfuerzo nos había permitido establecer bases sólidas sobre las cuales sustentar nuestro crecimiento no sólo académico, sino también individual.

Con el correr de los años llegué a conocerlo mejor, y entonces entendí por qué sus clases resultaban fascinantes: era un formidable “causeur” y, como Manuel Mujica Lainez, sabía manejar admirablemente los resortes del casi extinguido arte de la conversación. Sería incapaz de reproducir el contenido de aquellas clases magistrales, pero su recuerdo resuena todavía hoy en mi interior como una música.

Cuando el destino quiso que yo tuviera que viajar a Florencia para asistir a la Università degli Studi, le escribí varias veces. Todas mis cartas fueron respondidas con puntualidad. Una de ellas, fechada en Mendoza el 25 de noviembre de 1977, termina con las siguientes palabras: “Profesor y amigo son sinónimos ya desde los viejos tiempos griegos. Suyo, afectísimo”. Y me acuerdo nítidamente de que, al leerlas, experimenté una felicidad un tanto culpable, como la del niño que recibe un regalo inmerecido.

Vivió rodeado de libros, y los libros lo acompañaron hasta el final. En una época en la que no existían las salas funerarias, los restos mortales de Adolfo Ruiz Díaz fueron velados en la casona de la calle Agustín Delgado, donde se sucedían vertiginosamente, como en un escenario borgeano, cuartos y más cuartos revestidos de estanterías desbordantes de volúmenes. Al enterarme de

que nos había dejado, pensé que acababa de morir el último hombre del Renacimiento. Y es que, poseedor de un auténtico espíritu humanista y de una cultura vastísima, Adolfo supo transmitir su fervor por la literatura a incontables generaciones de estudiantes. Yo fui uno de esos privilegiados. Hoy, a veinte años de su desaparición física, cada vez que releo sus textos –siempre límpidos, precisos e inteligentes– advierto que mi cuenta no ha quedado saldada, y que recibí de él mucho más de lo que di. Pero creo también que, si algún día alcanzo a rozar el corazón de mis alumnos como él tocó el mío, tal vez ésa sea, mucho más que estas insuficientes líneas, una forma válida de demostrarle mi gratitud.

*ÁNGEL PUENTE GUERRA*

Doctor en Letras



Durante muchos días, antes de escribir estas líneas, pensé mucho en lo que iba a escribir y en cómo escribirlo.

Este reconocimiento, por mi parte, no es para el Doctor Adolfo Ruiz Díaz. Es para mi papá.

Siempre pienso qué le diría si tuviera la oportunidad de verlo nuevamente. Han pasado 32 años. Tengo 44. Me quedan sus recuerdos y los recuerdos de los demás hacia él.

Era una persona buena, extremadamente sensible. Por supuesto, brillante. Parecía más alto de lo que era, por sus piernas largas. Aparentemente distante, fino y culto. Usaba anteojos y tenía ojos verdes, preciosos. Tierno con los animales. Generosísimo en todos los sentidos. Sabía tanto de todo y lo explicaba tan fácil, como todo aquel que sabe mucho en serio.

Cuando yo le preguntaba por qué sabía tanto, me respondía que era simplemente porque tenía pasión por lo que había estudiado y porque era honesto con lo que no sabía.

Dejó la carrera de medicina. Creo que, en cuarto o quinto año, y estudió Filosofía y Letras. Todo un desafío, y más en esa época.

Me enseñó un dicho francés (idioma que hablaba perfecto), que dice: la cultura, es como la mermelada, mientras menos hay, más se la estira. Y, me repetía siempre, no hay que tocar de oído, no es honesto. Es poca la gente que crea algo propio. Es cierto. Y también decía que la cultura es lo que queda después de haber olvidado todo lo estudiado.

Cantaba muy bien y le gustaba muchísimo el fútbol. Creo que era de Rácing.

Me acuerdo de momentos muy lindos con él. Me enseñó a hacerles un agujerito a las naranjas con una tijerita y a meter la tijerita y cortar toda la pulpa adentro. Lo aprendió, decía, de su abuela.

Le encantaba ver comer a la gente, especialmente a las mujeres. No le gustaban las mujeres flacas y menos las que hablaban de dietas para adelgazar. Con él comí mi primer chorizo, en un bolichito que había cerca de casa, y me compró una cerveza, que compartimos. Como de hombre a hombre. Yo tenía 11 años. Su abuelo, con quien creció hizo lo mismo que él

conmigo. Era pediatra y aseguraba que los chicos tenían que jugar mucho e ir al colegio recién a los 6 o 7 años.

Me acuerdo de su estudio, la biblioteca. Esa casa interminable, que yo amaba. Y que sigo amando. Entrar ahí, era entrar al paraíso. Era meterse en El poema de los Dones, de Borges: *Lento en mi sombra, la penumbra hueca/ Exploro con el báculo indeciso, /Yo, que me figuraba el Paraíso/ Bajo la especie de una biblioteca.*

Ese olor a libros, a miles de libros. A libros repetidos para comparar traducciones. Yo conocía y conozco hoy, de memoria, dónde estaba cada uno. El último libro que leyó fue Yo, Claudio del escritor británico Robert Graves. Miraba a mi alrededor y veía libros y más libros: Terencio, Braudel, Dickens, Ionesco, Pío Baroja, Ortega y Gasset, Calderón, Baudelaire, Balzac, Machado, Borges. Diccionarios, novelas, distintos idiomas. Y su gato, Teofrasto, sentado encima de algún libro. Era un gato aristocrático y los gatos bandoleros de la cuadra no lo querían.

Me fascinaba quedarme con él en el primer salón. Verlo escribir, el ruidito regular de la máquina de escribir, responder cartas, mirar sus cosas. El encendedor cuadrado y verde. El cenicero de vidrio azul. Un sacapuntas genial que iba agarrado a la mesa y que tenía agujeritos para los distintos tamaños de lápices. Y yo les sacaba punta a todos. Tenía una manija para ir girándola. Y con las virutas hacíamos collages. Al fondo de la casa, estaba la cocina, y al lado, un cuartito donde pintaba. Ahí el olor era distinto. A pinturas, a fibras, a papeles. Y en la pared, un osito de papel que le hice yo y que todavía está colgado. Sus dibujos y sus pinturas son una maravilla.

Ir a buscarlo a la facultad, me fascinaba. Subir por el borde de las escaleras de piedra, a la entrada. Y mirar el escudo de la Universidad con algo escrito en latín pero que yo no entendía. Pero lo sabía de memoria igual. Miraba los pisos brillantes con baldosas para mí, gigantes. Iba en el ascensor, toda una aventura, hasta el cuarto piso, al fondo.

Al irse, siempre le daba la mano a los señores que limpiaban la facultad. Hace un par de años me encontré con uno de los señores y cuando le dije quién era, se emocionó al recordarlo.

Sus colegas lo trataban con admiración, sus alumnas lo miraban fascinadas. Cuando empezaba a hablar, donde fuera, acaparaba automática pero modestamente la atención.

Siempre repito, que han pasado tantos años, y cuando digo su apellido, mi apellido, se hace un silencio y me preguntan: ¿qué sos del profesor?

Hoy, ya grande, leo sus traducciones, sus artículos, sus libros. No deja de sorprenderme su escritura impecable, lúcida, su cultura apabullante. Papá decía que había escritores que desbordaban talento. Creo que él es uno de ellos. Amaba a Yourcenar. Por él conocí Las memorias de Adriano y entendí a qué se refería al hablar de desbordar talento. Amaba a Borges. Por supuesto, también lo conocí por él.

Cuando murió Borges, en 1986, estuve en la conferencia que dio en la facultad. La tengo impresa. Es única. Yo era chica, pero no me olvido del silencio, de la sala C8 repleta, de todos escuchándolo, mudos, deseando que no dejara de hablar. Dijo que, si la vida lo pusiera en la difícil elección de elegir un poema de Borges, sería La lluvia: *...La mojada /Tarde me trae la voz, la voz deseada,/ de mi padre que vuelve y que no ha muerto.*

Creo que ambos, Borges y él, pensaban en ese padre que ya no estaba, como yo hoy pienso en el mío.

Papá nombraba mucho a Sartre, y aseguraba que, para él, la grandeza de Sartre, residía en su grandeza como escritor. Papá tomaba café con Sartre el año que se quedó en París. En el Café de Flore. Sartre le preguntó si él había perdido a su padre de chico. Efectivamente, así era. Tenía 9 años cuando su papá murió, en Salta. Claro, le dijo Sartre, me di cuenta porque ambos tenemos la misma mirada de quien perdió a su padre de chico. La infancia decide, dice Sartre en su inolvidable autobiografía: Las Palabras.

Cuando vivía en Francia y me sentaba en el Café de Flore, hoy bastante turístico, me los imaginaba tomando café. Y hablando. Y trataba de adivinar en qué mesa se habrían sentado. La florista de esa época, le contaba a papá que el señor Pablo (Picasso) iba siempre. En esos días no iba porque estaba de vacaciones. Y que muy amablemente le hacía dibujitos en servilletas y que ella los guardaba porque él tan amable.

Papá decía, respondiendo el bellísimo cuestionario de Marcel Proust, que su virtud preferida era la Esperanza, que su sueño de felicidad era vivir en un lugar con libros y buen clima, que le gustaría ser quien era pero mejor, que su personaje de ficción preferido era Emma de Madame Bovary de Flaubert, que le gustaría no tener que pensar en el dinero. Y que le gustaría que lo recordaran como alguien bueno y que dejó un buen recuerdo.

Ya no puedo preguntarle si pudo cumplir con lo que quería. Espero que se haya acercado lo más posible a la felicidad.

Y puedo asegurarte, Papá, que además de dejar un recuerdo imborrable en los que te conocieron, has tocado y cambiado el alma de tantos estudiantes. Y en mí, has dejado el orgullo de ser tu hija, y después de muchos años, y de una manera mucho más dubitativa que la tuya, he podido imitarte en tu valentía y tu coherencia inmensas en hacer lo que quisiste hacer y ser. Hasta mañana, Papá.

Julieta